

Sobre la muerte de Walter Benjamín: Una ficción

Joaquín Fortanet*

‘En una situación sin salida no tengo más opción que ponerle fin. Será en un pequeño pueblo de los pirineos en el que nadie me conoce donde mi vida se acabará. Le ruego que transmita mis pensamientos a mi amigo Adorno y le explique la situación en la que me ha encontrado. No queda tiempo suficiente para escribir todas las cartas que me hubiera gustado’

Walter Benjamin a H.Gurland

I

Benjamin murió, en circunstancias extrañas y quizás extravagantes, en Portbou, el 26 de Septiembre de 1940. De todos era conocido su carácter particular, esquivo, tendente a la introversión. Nos lo podemos imaginar sometido a las frases cortantes y caritativas de Adorno, al desprecio compasivo de Horkheimer, a la soledad de su obra. Y, sin embargo, en algún sentido, ésa obra supera la de sus compañeros y protectores. Se abisma en territorios desconocidos, inventa un nuevo modo de hacer filosofía, un nuevo modo de mirar y atender a las cosas. Impensable, antes de él, hallar en las pálidas masas de los archivos históricos testimonios que apunten directamente al corazón del presente. También está su última tarea, de una envergadura tal que su carácter inconcluso parece formar parte constituyente de la misma. Se trata de la obra de los pasajes, el intento profundo, coherente, el primero, de hallar la clave de lo que somos, la experiencia de la modernidad, en el pulso de la ciudad. La cifra del presente era un enigma que debía ser tratado con todo el respeto teórico posible: jugarse la mirada en cada detalle, proceder con la sutileza de un Atget o un Cartier-Bresson, con todo el rigor del

* Seminario de Filosofía Política de la Universitat de Barcelona.

pensamiento, plasmar en lo mínimo la ausencia que nos remite a la tragedia del presente. Ése era la cifra del presente para Benjamin: una ausencia, un silencio que revela una tragedia, como en el neorrealismo italiano. Y la ciudad moderna, en toda su magnificencia y espectacularidad, era la plasmación política de todo ello. Vemos en sus incursiones en el universo de Baudelaire la escansión propia del pulso del poeta, del poeta urbano, quien arroja su aura para sumergirse en la pulsión misma de la experiencia moderna. Dar cuenta, así, de ella, librarla de sus máscaras, del espectáculo que barniza la ignominia, ésta era la tarea del poeta urbano que Baudelaire representó para Benjamin. Una tarea rondada por un peligro que acechaba. Un peligro nocturno e insistente, cada vez mayor, más poderoso. El fascismo. El fascismo fue la obsesión de Benjamin durante sus últimos años. Cuentan que, en su desesperada huida, arrastró una maleta en la cual llevaba toda su obra junto con una cápsula de morfina. Filosofía portátil, filosofía desesperada, en todo caso, filosofía que debía adaptarse a un estado de perpetua huida, de exilio. Quizás algún día se piense la influencia de la fuga en el estilo filosófico de Benjamin. Gracias a esa fuga nos han llegado fragmentos de su última obra. Imaginemos a un Benjamin perseguido por las SS, apeándose en la estación parisina de Austerlitz, dirigiéndose a toda prisa, espiado por sombras, a la Biblioteca Nacional de Francia, en el antiguo edificio Richelieu. Allí, pensando sin duda en el futuro, quería depositar algunos de sus últimos manuscritos. Pero, de nuevo, el principio de realidad se oponía a su voluntad, ese mismo principio de realidad que le hacía depender del Instituto de Sociología, ese principio de realidad que tanto odiaba y que sólo en las conversaciones con Brecht había podido conjurar. Cómo dejar en la Biblioteca Nacional de Francia un manuscrito. Quizás no se lo había planteado en su huida. Allí, seguramente cobijado bajo un paraguas, con sus gafas de metal gastado salpicadas, se le apareció el problema. Sin embargo, entró en el edificio y se dirigió, en su renqueante francés, a un empleado, pidiendo una audiencia con el jefe de bibliotecarios quien, quizás apiadándose de su condición de perseguido, toleraría el depósito de los manuscritos. Podemos imaginar su sorpresa al ver aparecer al jefe de los bibliotecarios. No se trataba de uno de esos pequeños funcionarios aplastados por el papel y la tinta. Se encontró frente a su antiguo amigo, también uno de los filósofos más brillantes de

principios de siglo, Georges Bataille. Nada ha quedado de esa conversación, Bataille nunca refirió nada de lo acontecido. Tan sólo sabemos que los manuscritos fueron depositados y, posteriormente, publicados. Podemos imaginar el alivio de Benjamin. Su obra quedaba en manos no sólo de un amigo, sino de un filósofo de gran talla intelectual que, además, formaba parte de la resistencia al fascismo. Siguió su huida hacia el sur de Francia. El plan era cruzar la frontera con España, llegar hasta Portugal y, en el puerto de Lisboa, bajo esa bruma luminosa de Cais do Sodré, embarcar hacia Estados Unidos. Allí estaría a salvo. Estar a salvo era algo extraño. Pero, la posibilidad de continuar su obra de los pasajes vencía toda extrañeza, todo miedo. Esa obra debía ser el arma teórica contra el fascismo. Contra la estetización de la muerte, la politización de la filosofía. Sin embargo, las cosas no fueron tal y como se esperaba. Algo ocurrió. En el momento en que cruzó la frontera con España, en virtud de una nueva ley de reciente aprobación, la Guardia Civil detenía en Portbou, en la antigua pensión Hotel Francia, hoy llamada Casa Alejandro, a ese extraño alemán que traía unas gafas más gastadas que el tiempo y un maletín en el que parecía que estaba contenida toda su vida por el modo en que lo abrazaba. Apenas veinticuatro horas después del arresto, Walter Benjamin murió. La versión comúnmente aceptada es el suicidio. Ingerió la cápsula de morfina. Mejor morir que verse obligado a colaborar con el fascismo. La altura moral de Benjamin es aquí ejemplar. Sin embargo, el parte médico oficial habla de derrame cerebral, y algunos rumores e indicios obligan a la apertura de preguntas. ¿Tenía conocimiento la Guardia Civil española de la verdadera identidad de este alemán con maletín? ¿Estaba el servicio de inteligencia alemán al corriente de su fuga? ¿Fue un suicidio? Y, la última, ¿guardaba Benjamin, en su maletín, algún documento de relevancia? La muerte de Benjamin, como su obra, se nos aparece como una constelación de preguntas que remiten a otras, y en este juego, precisamente, se nos aparece el enigma como un tipo de verdad que no se debe resolver, sino perseguir. En esta persecución nos embarcamos.

II

Tras descubrir, en Père Lachaise, el lugar exacto donde fueron enterradas las cenizas de Maurice Blanchot, llegamos a Portbou desde

Collioure, un pequeño pueblo pesquero en el que se habla un catalán afrancesado y Matisse pasó varios años buscando el color puro. Qué magnífica idea. Ir a buscar el color puro cuando todavía hay algo por encontrar. Con la melancolía de ese color finalmente encontrado y plasmado en el Fauvisme, Portbou nos resultó frío. Como una garra que atrapa al mar. Allí, en el extremo sur de la garra, se levanta sobre el mar el cementerio. Está indicado nada más llegar, y fue lo primero que visitamos. De nuevo, la lluvia. Y el monumento a Benjamin era un abismo que daba al mar. Su nombre es Passages. Un abismo perforado en la roca que vomita la nada al mar. Dani Karavan construyó el monumento, sin duda, ejemplar, revelador del fracaso de un mundo que, en su caída, logró fijar el vértigo del silencio. Decía Benjamin que tras la experiencia de la muerte, de la guerra, uno vuelve mudo. Ese silencio, es la cifra de una convulsión, de una nada que se agarra a la palabra y la vuelve transparente. El silencio atronador del acantilado es la mejor plasmación de todo ello. Seguimos hacia el pequeño cementerio, dónde estuvo enterrado Benjamin en el nicho 563. Allí, nos encontramos con una placa conmemorativa que mostraba la siguiente inscripción: "Todo documento de cultura deviene documento de barbarie". Nos preguntamos por el encargado de elegir la placa, el lugar, la inscripción. Normalmente, los monumentos a los desaparecidos decepcionan. En el caso de Benjamin, estremecen. La desesperanza de un hombre perseguido, de una filosofía derrotada, no encuentran mejor expresión que esa cita. Así, afectados por el viento, la lluvia, las palabras de Benjamin y el vacío del acantilado, nos dispusimos a perseguir el misterio de su muerte. Dejamos de lado el museo de Benjamin, que estaba cerrado por ser festivo, situado en un edificio ruinoso, y bajamos al pueblo buscando, cerca de la playa, testimonios que pudieran ofrecernos de primera mano algún dato sobre su muerte. Portbou tiene la fantasmagoría de esas pequeñas localidades en las que vivió o murió un genio. Como si su niebla todavía flotase. Nos recordó a Blanes, dónde todo el mundo tiene cara de haber conocido a Bolaño y de referirlo en cada gesto. O Portlligat, con su eterna reverberación dalidiana. O Collioure, con su luz esforzándose por imitar el color puro de Matisse. Pequeños lugares en los que todo el mundo conoce la vida y la obra de Walter Benjamin, Dalí, Bolaño, o Matisse. Confiando en esta presunción, nos dirigimos a varios camareros, primero sutilmente, sabe usted dónde para lo del

monumento del Benjamin, después, dependiendo de su expresión, más directamente, por aquí alguien debió conocerlo, aunque sólo estuvo veinticuatro horas, llamaría la atención un alemán con gafas en esos tiempos, ya sabe, en algún lugar se hospedó hasta que lo encontraron. Y, si las investigaciones daban fruto, entonces preguntábamos sobre la posibilidad de hablar con alguien que lo conoció directamente. Media hora después de pesquisas infructuosas, un vendedor de cupones de las once nos informó que hace poco se había hecho un documental sobre este tema. Lo conocíamos, pero también sabíamos que no debíamos guiarnos por él. Todo el mundo parecía conocerle, nos dijo, es ver una cámara y todos hablan, todos se mueren por hablar, por salir en una pantalla, como si tener dos dimensiones fuera algo mejor que tener las tres. Hay una mujer, la Paquita, tiene una abuela que lo conoció, trabajaba en la pensión donde cogieron al Benjamin. Dicen que estaba triste, pero eso lo dice todo el mundo, y claro, no todo el mundo había nacido cuando ocurrió, y la mayoría nunca lo conoció.

Fuimos a hablar con Paquita después de comprar un décimo a aquel hombre que nos había mostrado un camino que seguir. Paquita trabajaba en un quiosco cerca de la playa. Vendían prensa, tabaco, bañadores, postales, flotadores, radios, relojes y camisetas con dibujos de nudos marineros. Era una mujer de unos sesenta años, pelo rubio recogido. Nos presentamos como turistas, compramos unas cuantas postales en las que salía fotografiado el monumento a Benjamin y, después de tratar el estado del tiempo, del turismo, y de cómo había cambiado el pueblo en los últimos años, comenzamos a hablar de Benjamin. Efectivamente, había hablado para el documental. Pero su testimonio no había sido incluido en el montaje definitivo. A ella se lo contó todo su abuela, ya no vivía, pero conoció la triste historia de la muerte del alemán de primera mano. Si nos esperábamos a que cerrara, podíamos comer juntos, aquí al costat, que se come muy bien, y nos contaría lo que sabía. Accedimos gustosos y nos dimos unas horas de respiro, contemplando el pueblo, la caída paulatina de la luz, cómo cambia a partir de mediodía. Hay momento en los que se para el tiempo, Benjamin lo sabía. Se para el tiempo y comienza otro orden de cosas, la realidad es filtrada de otro modo, las categorías con las que recortamos lo que nos rodea estallan de manera calmada, y todo cobra un significado de constelación, hasta los guijarros de la playa se

conectan con la altura del acantilado, y otra verdad aparece para desaparecer al momento. La claridad desaparece para convertirse en bruma y ésta desaparece a su vez para que vuelva la claridad, esta vez, borrosa, ambigua, enigmática. Benjamin lo sabía, por eso luchó por ampliar el concepto de experiencia kantiano, que limitaba lo vivido a pura exposición del conocimiento. Por eso luchó contra la experiencia shock. Por eso intentó desenmascarar al espectáculo que se apoderaba -y se apoderó hasta convertirse en esencia- de las grandes ciudades.

Con esta sensación de irrealidad, nos dirigimos hacia el restaurante en cuestión. La cita era a las dos y media, Paquita acababa a las dos pero tenía que pasarse por casa un momento. Era viuda, nos contó, así que agradecía poder comer acompañada. La gente se marcha de aquí, y viene gente que no es gente, son turistas, y con ellos, lo único que se puede hacer es ayudarles a encontrar una pensión, sacarles fotos, o hablar del tiempo. Hay mucha soledad en este pueblo desde que el alemán murió. Nos sentamos, pedimos un arroz con escopinyes que me hizo recordar con cariño a Montalbán, y un Blanc Pescador. Antes de que Paquita comenzara su historia hubo un silencio profundo. Y leímos la cita de Melville que venía en el cuello de la botella. Tras las palabras, el silencio, y, poco a poco, la historia de Paquita como un hacerse a la Mar.

III

Mirad, ya lo dije todo en ese documental que hizo un argentino, hace unos tres años, estuvo bien, nos dio una copia, lo vimos y nos gustó. Pero lo que yo dije no fue incluido. Seguramente, tenía demasiados testimonios. Pero es que todos están muertos ahora. Sí, ya lo sé, que lo que dicen otros tiene el mismo valor que lo que digo yo. Pero es que unos dicen que se suicidó, otros que lo mató a palos la Guardia Civil, otros que simplemente se puso malo, y pobret, se nos murió como un pájaro frágil. Lo que yo sé os lo puedo contar ahora mismo, entre bocado y bocado, tampoco es mucho, pero es cierto, yo confío en mi abuela, y mi abuela me lo contó como si fuera un cuento. A mi abuela le gustaba contarme cuentos, supongo que a todas, pero a la mía le encantaba, lo hacía constantemente, cada cosa que le pasaba la exageraba hasta convertirla en cuento y me lo contaba. Tenía mucha imaginación. No digo que lo que me contó de Benjamin fuese falso, seguro que exageró un poco, pero tampoco le hacía falta, pues con esta

clase de cosas, ¿como dicen?, la realidad supera a la ficción, o mejor dicho, a la realidad no le falta nada, no se le puede añadir nada porque entonces la historia no mejora, sino que empeora, como este arroz con escopinyes, tiene el punto justo de condimentos, lo puedes estropear si le pones algo más, por dónde iba, a ver, ¿a qué se dedican ustedes?, ¿y lo hacen con todos los escritores?, qué raro eso de buscar muertos, me recuerda un libro que me leía mi abuela, de un noi ruso, que compraba el alma de los muertos, en fin, el caso es que mi abuela, por aquel entonces, regentaba la pensión Hotel de Francia junto con mi abuelo, pobret, y allí se les presentó un buen día un alemán con la pinta más triste que puede tener alguien, eso me dijo mi abuela, daba pena pero no compasión, sufría pero tenía la mirada más profunda que mi abuela haya visto nunca, eso me dijo, profunda, pero al final de esa profundidad había sufrimiento. Vestía mal, como si tuviera una única muda de ropa y la hubiese arrastrado más de mil kilómetros, sus gafas estaban gastadas, las manos le temblaban de cansancio. Llegó y pidió una habitación en francés. Pagó por adelantado cuatro noches, mostró el visado de paso, estaba todo en regla. Se notaba que era judío, eso no nos extrañó, muchos judíos hacían la ruta Lister en esos tiempos, ya saben, Francia, España, Portugal, Estados Unidos. Hasta entonces todo normal, aunque mi abuela se extrañó por el modo en que agarraba la maleta. Con los dos brazos, como si fuese un hijo. Subió a su habitación y apenas salió. Siempre pedía gaseosa con limón, y llamó unas cuantas veces por conferencia internacional. Entrada la noche, mi abuela le observaba cómo encendía un cigarro y se acercaba al mar. Lo miraba pensativo, como si en la calma del agua se adivinase algo malo. Eso me contaba mi abuela. Una sola vez habló con él. Le preguntó cómo se encontraba. El alemán puso la sonrisa más triste del mundo y le contestó que bien. Mi abuela le preguntó qué hacía por las noches. Intentar perderse, dijo él, intentando dominar la sonrisa. Eso es fácil, le contestó mi abuela. No, al contrario, perderse requiere toda una educación. Y se marchó de nuevo hacia el mar. Eso era su rutina, seguramente esperaba la confirmación por teléfono, porque cada noche llamaba al extranjero y, después, salía, cada vez más taciturno. El caso, y aquí viene la versión de mi abuela sobre su muerte, es que una noche, tras pedir la conferencia telefónica, el alemán no bajó. En lugar de eso pidió la cuenta, diciendo que saldría de viaje a las siete de la mañana, en el primer tren. Pocas horas

más tarde, a mi abuela la despertaron unos fuertes golpes en la puerta. Tres alemanes muy malcarados estaban plantados en la calle junto a un Guardia Civil, que fue el que le dijo a mi abuela que abriese la puerta y se apartase. Entraron sin dar más explicaciones. Preguntaron por la habitación del alemán. Subieron rápido, haciendo mucho escándalo con sus botas. Mis abuelos esperaban en recepción abrazados. Oyeron golpes, gritos en un idioma extraño. El alemán triste decía algo, con voz orgullosa, sin miedo. Y, después, se hizo un breve silencio, seguido de maldiciones en alemán y español. Se nos ha matado. Se llamó al médico, el Dr. Vilas, que por ser jueves se encontraba en el pueblo, y a Henny Gurland, que al parecer había trabado amistad con el filósofo y acudió nada más saber la noticia. Se intentó reanimarle, pero no sirvió de nada. Con todo el jaleo, mi abuela subió a la habitación, rogando que no molestaran al resto de huéspedes, que no paraban de quejarse. Y, al entrar en la habitación, vio el cuerpo del alemán triste en la cama, tapado hasta el cuello con una sábana blanca de la cual sólo sobresalía el brazo izquierdo, caído a un lado en señal de derrota. Además, vio a Guardias Civiles registrando la habitación y a Henny hecha un ovillo en el suelo, llorando. Cogieron el maletín negro y gastado de Walter Benjamin, sacando un montón de folios escritos a mano, dejándolos a un lado. Mi abuela pudo verlos, pero estaban en un idioma incomprendible para ella. Eran más de cien, y seguramente esto estarían buscando aquellos alemanes, pues media hora después, una vez el médico certificó su muerte, llegaron los nazis y cogieron una carta que Benjamin le había dado a Henny y los documentos y se los llevaron. Dice mi abuela que le mataron por esa obra. Que había algo importante en esas palabras que los nazis querían acallar. Henny lloró mucho. Ella también venía de Alemania y conocía a Benjamin, sólo de nombre, pero sabía quién era y la importancia de su muerte. Ahora dicen que Henny se lo inventó todo, y que Benjamin no le dio ninguna carta. Pero mi abuela vio cómo los alemanes la registraron y se la quitaron, y vio como le miraban con una sospecha blanda, como si al fin y al cabo, fuese insignificante. Por lo que mi abuela me contó, no creo que lo de Benjamin fuese un crimen más, otra barbaridad del nazismo contra los judíos. Benjamin estaba vigilado, y si no hubiese sido judío, le hubieran buscado y encontrado con la misma rapidez. Era su obra la que buscaban, porque esos animales, como los animales

de aquí, me contaba mi abuela, nunca permitían a gente como Benjamin. Después, mientras se lo llevaban, mi abuelo rompió a llorar, nunca había llorado, su primera vez fue con la muerte de un extraño, extranjero, exiliado y desconocido. ¿No les parece extraño? Esas son cosas inexplicables. ¿qué cables tocaría esa muerte en la cabeza de mi abuelo? Nunca lo dijo, y no volvió a ser el mismo después de aquello. Marchó a Venezuela y nunca volvió. Como mi marido. Que se fue y tampoco volvió. Si quieren que les diga mi opinión, este pueblo cambió después de aquello. Igual la gente no lo nota, igual ustedes tampoco, puede que me equivoque, pero he pensado bastante, y mi abuela pensaba lo mismo, aquí murió Benjamin, pero dejó algo. Como una parte de sí, no sé explicarme. Como algo triste, hermoso y maltratado, algo horrible. Y eso no se puede reparar.

IV

Nos fuimos de Portbou al día siguiente. Esa noche, nos alojamos en la pensión donde murió Benjamin con las palabras de Paquita en la cabeza. El dueño de la pensión no enseñó el cuarto en el que, supuestamente, se alojó Benjamin, pero las cosas habían cambiado tanto que eso no nos dijo nada. Al día siguiente recorrimos el pueblo, con esa luz tenue de la Cataluña norte. Comimos y dimos por terminada nuestra investigación sobre la muerte de Benjamin. Quién sabe si la historia de Paquita es cierta, si sólo fue un cuento de su abuela, si existió esa obra portátil, realizada en pleno exilio, en plena huida, en la fuga misma, escrita sobre el tren, en los intervalos de viaje, en los momentos de resuello cruzando la frontera. Dejamos atrás Portbou y nos fuimos sumergiendo poco a poco en la realidad. Roses, L'Escala, Cadaquès. No tenían la fantasmagoría de Portbou. Esa fantasmagoría nos hablaba de algo perdido, de algo inexistente. De una barbarie que, de algún modo extraño, todavía es la nuestra.